4: Metraux SI7 Mataco

RELACIONES

DE LA SOCIEDAD ARGENTINA DE ANTROPOLOGIA

TOMO IV

Director: FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA

BUENOS AIRES
1944

[title page]

NOTA ETNOGRAFICA SOBRE LOS INDIOS MATACO DEL GRAN CHACO ARGENTINO

por

A. METRAUX

LA etnografía del Gran Chaco argentino nos es todavía muy mal conocida y seguirá siéndolo, para siempre, sino nos apresuramos a estudiar, sistemáticamente, las últimas tribus indígenas que viven todavía, pero que desaparecen rápidamente o se asimilan a la población criolla.

Nuestras mejores fuentes para el estudio de la etnografía del Chaco son, todavía, los misioneros Jesuítas del siglo XVIII, Dobrizhoffer, Pauke, Sánchez Labrador, Lozano y Jolís. Los autores contemporáneos han estudiado los aspectos más directamente accesible de las civilizaciones indígenas y, por ello, sus contribuciones no nos dan más que una imagen muy superficial de la vida indígena, tal como ella continúa sobre el Bermejo o el Pilcomayo. Aun en el dominio de la cultura material, abierta a todos, se nos da catálogos de objetos en lugar de datos que estaríamos en el derecho de esperar sobre la vida económica y las técnicas, en el sentido más amplio de la palabra. A menudo se trata de los indios vivientes del Chaco como si se tratara de sitios arqueológicos. Será preferible transponer la etnografía moderna en la arqueología, más bien que librarse a la operación inversa.

No tenemos más, que una idea muy vaga de las creencias religiosas de esos indios. Descripciones de danzas o de especulaciones animistas no son más que un magro sustituto para un análisis de las creencias y de los ritos. En cuanto a la sociología del Chaco, es un terreno casi virgen

[P 7]

y los trabajos contemporáneos son, en este sentido, bien inferiores a los del siglo XVIII.

En 1939, en ocasión de mi último viaje al Chaco argentino, había esperado reunir el material necesario de los Mataco. Mi estado de salud me ha impedido realizar ese proyecto. Por ello me veo obligado a publicar los resultados de ese viaje bajo la forma de artículos separados. En el estado actual de nuestros conocimientos, todo hecho nuevo, si ha sido concienzudamente observado, se convierte en importante. Esta consideración, unida al alentamiento de mi amigo el doctor Fernando Márquez Miranda, es lo que me impulsa a publicar algunas notas extraídas de mi libreta de viaje. Ellas no tienen otro mérito que el de ser inéditas y el de haber sido recogidas sobre el terreno, de boca de excelentes informantes. Han sido obtenidas en San Andrés y Yuto, sobre el Pilcomayo, y en San Patricio, sobre el Bermejo.

El nacimiento y la infancia.

Un hijo es producido por la simiente del padre, que germina, como una planta, en el seno de la madre. La esterilidad es siempre considerada por los Mataco como por la falta de la madre. La explican como un accidente provocado por algún hechicero que usa de su magia para impedir que el esperma penetre en el cuerpo de la mujer. Algunas mujeres, se dice, se dirigen a un hechicero para que les impida concebir. Los hechiceros pueden, además, disipar el encantamiento, aunque esta operación es considerado como particularmente difícil.

Una mujer encinta come con moderación, para evitar que la criatura se haga demasiado grande y nazca difícilmente. Los lazos místicos que unen un padre a su hijo encuentran su expresión en un gran número de "*tabu*". Así, poco antes del nacimiento del niño el padre debe abstenerse de todo trabajo que pueda hacer que el niño nazca deforme. Le es particularmente prohibido servirse de instrumentos cortantes (hachas, cuchillos, azadas), sin lo cual el niño podría venir al mundo con heridas: un hocico de liebre, por ejemplo. El padre tiene cuidado de no llevar sandalias ni zapatos, para evitar que uno de los pies de la criatura sea más grande que el otro. Si el padre se pone un sombrero, el niño tendrá

la parte superior del cráneo completamente chata. Los indios de las Misiones evitan hasta escribir, de miedo de que el rostro de su retoño no resulte surcado de marcas.

Si un futuro padre no mata en la cacería más que animales machos, será signo que el niño por nacer es un varón.

Diversas precauciones son tomadas, igualmente, por las mujeres antes de la parición. Evitan ceñirse demasiado fuertemente con su cinturón y acostarse en una posición susceptible de complicar el nacimiento. Algunas mujeres usan drogas para asegurarse contra todo accidente. Así, toman un polvo hecho de un tubérculo asado y molido en un mortero. El marido desata su cinturón y desanuda su corbata, para que el cordón umbilical no se enrosque alrededor del cuello del niño.

Es raro que los nacimientos ofrezcan algunas complicaciones. Según las observaciones de un médico misionero, el doctor Collins Smith, duran alrededor de dos horas para un primer hijo, y alrededor de cuatro o cinco horas para los siguientes. Un nacimiento atrae, a menudo, un público numeroso, y los vecinos se colocan cerca de la mujer que se debate, sin mostrar interés particular, pero prontos a intervenir si hay necesidad de alguna ayuda. Mujeres ancianas y llenas de experiencia vienen a asistir a la parturienta, sobre todo si el parto presenta alguna dificultad. Esas matronas benévolas reciben generalmente un regalo —una cabra o una pieza de género— en pago de sus molestias.

La parturienta se coloca sobre los muslos de una de esas ancianas, la cual está sentada en tierra con las piernas cruzadas. Se toma, a dos manos, de un bastón plantado verticalmente delante de ella y se agarra fuertemente a él a medida que los dolores se hacen más fuertes. Otros informantes me han dicho que la mujer daba a luz en cuclillas directamente sobre el suelo; pero me han confirmado el uso del bastón. Si la parición es laboriosa o más larga que lo habitual, una de las matronas aprieta con sus manos el cuerpo del útero, como un médico que busca expulsar la placenta mecánicamente. Si la parturienta no puede mantener la posición sentada, se acuesta de tal manera que una de las asistentas pueda apoyar su rodilla contra el perineo, mientras que otra mujer le da masajes en la región uterina.

Todo accidente que sobrevenga en el curso de la operación es atri-

huído a la hechicería o a la negligencia del marido que puede haber violado uno de los numerosos "*tabu*" que estaba obligado o observar.

El cordón umbilical es cortado con un cuchillo. No es nunca cortado antes de que la placenta haya salido, pues la existencia de un niño no es completa hasta que su placenta no ha sido expulsada. Según uno de mis informantes, la herida del ombligo sería cauterizada con un tallo de zapallo incandescente. Si la placenta tarda en salir, las matronas ejercen sobre el abdomen las mismas presiones que para acelerar el nacimiento del bebé. La placenta es enterrada sin ninguna ceremonia. El cordón umbilical es secado y puesto en un saquito de cuero, en forma de rombo, que el niño lleva, colgado a su cuello, hasta la edad de diez años.

Una criatura muerta al nacer es enterrada, inmediatamente, sin ningún rito: Es considerado como un desbecho, al mismo título que la placenta. Por el contrario, si el niño muere después de haber vivido durante algunas horas, es enterrado según los ritos funerarios tradicionales.

Después del nacimiento, el padre y la madre continúan tomando diversas precauciones de orden mágico, para no perjudicar la salud de la criatura. Se abstienen de diversos alimentos, entre otros de la carne del tatú y de la iguana. Toda infracción a los "*tabú*" alimenticios será causa de enfermedades de estómago en el niño. Ciertos "*tabú*" duran de uno a dos años. El marido se abstiene de toda relación sexual con su mujer hasta que la criatura comienza a tener dientes.

Algunas prácticas tienen, a los ojos de los indios el poder de influenciar mágicamente el desarrollo de la criatura. Así, los padres pueden solicitar a una mujer que tiene hermosos cabellos, que se corte un mechón y frote con él la cabeza de su hijita. Un individuo, cuyos miembros son bien proporcionados será solicitado para que dé masajes en las piernas del niño. En general, los padres gustan de que personas bien hechas tomen a su bebé en sus brazos para comunicarle su bella apariencia.

Una mujer no alimenta más que a su criatura y se rehusa a dar el pecho a cualquier otro bebé. Sin embargo, se puede ver, algunas veces, abuelas ancianas dando el seno a un bebé, pero es únicamente para en-

gañar su hambre y no para nutrirlo como algunos lo pretenden. Cuando el niño tiene alrededor de un año, su madre masca granos de maíz hervido e introduce esta pasta, con los dedos, en la boca del pequeño. Para tranquilizar a los bebés, que mi presencia asustaba, las madres no dejan nunca de hacerlos comer. Lo mismo cuando un bebé gritaba en la iglesia: su madre comenzaba por palmearlo gentilmente y hacerle oir unos *hush, hush, hush* para calmarlo, pero si esta medida no tenía efecto le ofrecía su seno.

No recuerdo haber visto a un hombre ni a una mujer maltratar a una criatura. La escena siguiente, que observé en una aldea mataco, puede ser considerada como típica. Un niñito, de alrededor de dos años, gritaba rabiosamente, sin causa aparente. Su madre le hizo saltar sobre sus rodillas, en la esperanza de calmarlo, después le cerró la boca con la mano. Como el pequeño continuaba vociferando y debatiéndose, su madre ensayó arrastrarlo lejos de la choza, pero él se debatía y rodaba. Ella terminó por dominarlo, y sin ninguna brusquedad y sin cesar de reír, fué a depositarlo a algunos metros de la casa, en donde la criatura permaneció gritando sin osar regresar.

Esta misma gentileza y ausencia de brutalidad pueden observarse en los niños que juegan. Así, en numerosas ocasiones, he podido observar niñitos que se disputaban la posesión de una bolilla; se empujaban, se atropellaban, pero nunca con maldad o violencia. La educación Mataco pone el acento sobre la dulzura y la gentileza, y un hombre violento o de mal carácter (*witsax*) les inspira temor y disgusto. Desde su niñez las criaturas aprenden a dividir entre ellas la comida. Cuando yo hacía distribuciones de caramelos, los niños no dejaban nunca de ir a advertir a los ausentes para que ellos pudiesen participar del regalo.

Aborto e infanticidio.

El aborto y el infanticidio eran practicados por los Mataco en gran escala, como entre las otras tribus del Chaco. Según mis informantes, una mujer se hace abortar cuando ella está encinta sin estar casada, cuando ha sido abandonada por su marido o, después de una querella con éste, para vengarse. Muchas mujeres se hacen abortar cuando están

encinta por la primera vez, en la esperanza de que con ello facilitarán las pariciones a venir.

Es una opinión muy extendida en el Chaco la de que las indígenas usan drogas potentes para provocar el aborto, pero se trata, sin duda, de leyendas. Los procedimientos que las mujeres Mataco usan son enteramente mecánicos. Al quinto mes de la concepción, se hacen martillar el abdomen por alguna compañera hasta que la sangre corra.

Matrimonio.

En las relaciones amorosas las jóvenes muestran más iniciativa que los hombres. Fácilmente se manifiestan provocantes y usan de toda clase de artificios y pequeñas estratagemas para inflamar el deseo de los hombres. Es sobre todo en ocasión de las danzas nocturnas que se pueden observar los manejos de esas jovencitas. Los varones jóvenes dan pruebas de mucha más circunspección, y para hacer conocer su pasión recurren a intermediarios. Es así que enviarán a la joven que aman un mensajero portador de una antorcha o de una linterna. Si la joven está de acuerdo no tiene más que seguir al emisario.

No es raro que los padres tomen sobre ellos el arreglo del matrimonio. Si más tarde la unión es desdichada y termina en un divorcio, uno u otro de los cónyuges se consuela diciendo: "yo no deseaba ese matrimonio, mis padres son los responsables".

En general la residencia es matrilocal, es decir, que el marido va a establecerse en casa de los padres de su mujer. Sin embargo, puede ocurrir, sobre todo si la mujer es mayor que el marido, que ella vaya a instalarse en la familia de él. Pero, la residencia patrilocal es muy rara.

Después del nacimiento de un hijo, la nueva pareja puede construírse una casa separada, pero siempre en la aldea de la mujer. Los jóvenes Mataco de la región del Pilcomayo, que se han casado con muchachas del Bermejo, se han establecido, todos, en esta última región.

La residencia matrilocal presenta algunos inconvenientes para el marido. He oído a jóvenes quejarse de esta costumbre. Ellos decían que sus suegros se apoderaban de los productos de sus campos y de su caza. No es raro que un hombre se divorcie de su mujer para escapar de la

tiranía de la familia de ella. Además, los padres de la mujer están siempre dispuestos a volverse contra su yerno si su hija tiene alguna razón para quejarse de él. Una familia saca siempre producto del matrimonio de una de las hijas, que le procura el concurso de un hombre en la flor de la edad.

La poligamia parece haber sido, sobre todo, el atributo de los jefes. En San Patricio había un jefe provisto de tres esposas. El antiguo jefe de San Andrés tenía dos mujeres con las que había tenido cinco hijos.

En caso de adulterio, el marido no la emprende contra la mujer sino que descarga su cólera contra su amante. Puede matarlo u obligarlo a pagarle una indemnización. Así, conozco el caso de un mataco que se apoderó de la carreta de otro hombre acusado de haber tenido relaciones íntimas con su mujer.

Las funciones de jefe

El antiguo jefe de la región de San Andrés, sobre el Pilcomayo, era el famoso cacique Cuchitoro, que recibió del gobierno argentino tres leguas de terreno a lo largo del río. El jefe actual de esa zona es Santiago, que fué designado por los colonos pobladores, que esperaban convertirlo en su servidor. Sin embargo, Santiago permaneció leal a su pueblo.

Las principales funciones del jefe, tal como me han sido descriptas en San Andrés, consisten hoy en representar a la tribu ante los blancos y en arreglar, amistosamente, los conflictos entre las diferentes bandas. Si una muerte ha sido cometida en su grupo, el jefe tiene el deber de exigir a la familia del matador el pago del precio de la sangre. El monto de esa compensación varía según la condición social de la víctima. Si se trata de un viejo caduco la pérdida es considerada sin gran importancia y dos cabras y un viejo fusil son suficientes para restablecer las buenas relaciones entre la banda de la víctima y la del matador. En otros casos, la parte lesionada solicita un caballo, diez cabras, un fusil, etc. Si el precio de la sangre es demasiado elevado, el cacique encargado del asunto puede ir a buscar al jefe del cual depende la familia del muerto y pedirle rebaje sus pretenciones.

Antiguamente la ley del Talión era rigurosamente aplicada. Los indios de San Andrés habían muerto a un hombre de una aldea vecina cuyos habitantes emigraron sobre el Bermejo. Quince años más tarde un sobrino del muerto hizo todo el camino del Bermejo al Pilcomayo para arreglar sus cuentas con los asesinos y mató, a su vez, a uno de los indígenas de la aldea. Luego se volvió al Bermejo sin ser perseguido.

La última guerra indígena tuvo lugar en la región de San Andrés, en 1928. Las gentes de la aldea de San Martín atacaron a los de San Andrés aprovechando la obscuridad de la noche. Se tirotearon hasta la mañana, pero —como ocurre a menudo en estas batallas— nadie fué muerto ni herido. Más tarde, las gentes de Yuto se unieron a las de San Andrés, para atacar a los indígenas de San Martín. Pasaron por la Misión en actitud y traje de guerra, pintados y adornados con plumas. Antes del ataque ejecutaron una danza de guerra en el lecho del Pilcomayo, que entonces estaba en seco. Después, corriéndose por la ribera izquierda, tomaron, a las gentes de San Martín por retaguardia, cortándoles la retirada. Un gran número de estos últimos, en su mayoría mujeres y niños, fueron muertos o heridos. Las gentes de Yuto se llevaron consigo a un niño como prisionero.

Creencias religiosas diversas.

Los más temibles entre los espíritus son los *wilan*, que toman posesión de sus víctimas y los hunden en un estado de locura furiosa. Así, en la Misión de San Patricio una joven quedó súbitamente pálida, con los ojos que le salían de la cabeza. Huyó, corriendo al matorral en donde quedó cuatro días. Los que siguieron su pista me aseguraron que ésta desapareció tan bruscamente como si la muchacha hubiese volado por los aires.

Otra muchacha se levantó de un desvanecimiento, durante el cual cuatro hechiceros la habían cuidado, para anunciar que un espíritu había penetrado en ella.

He aquí un caso que se había producido en San Andrés poco antes de mi llegada. Un mataco se había trasladado a alguna distancia de la aldea a la búsqueda de un caballo. A su vuelta se imaginó ver contra

un árbol un pequeño ser luminoso, del tamaño de una olla, que saltaba de árbol en árbol y que finalmente, desapareció en la maleza. Asustado nuestro indio huyó a la aldea, adonde cayó desvanecido y fué presa de violentas convulsiones. El doctor C. Smith debió darle una inyección de morfina para calmarlo. El indígena se restableció y, algunos días después, se sintió en estado de ir a su campo. Sobre el camino de vuelta tuvo la misma visión y fué presa de iguales perturbaciones. Sus padres, temblando de miedo, fueron a buscar al médico para que él le diese una inyección. Según el doctor C. Smith, esas visiones pueden ser la consecuencia de afecciones renales, que causen en el sujeto ilusiones ópticas, especialmente la aparición de puntos luminosos ante los ojos. También ciertos ruidos extraños y siniestros, que los indígenas Mataco atribuyen a los espíritus son debidos, realmente, a pájaros nocturnos. Y un meteoro, que cayó en el Pilcomayo en ocasión de mi permanencia, me fué explicado por los Mataco como la caída de un anciano de cabellos grises.

Los indios hablan de buena gana de los *lewo*, animales míticos que viven en las lagunas y que tienen la apariencia de serpientes. Su aliento forma el arco iris *(lewo-tutsax* igual a aliento de *lewo)*. Los lewo tienen horror de las mujeres en la época de la menstruación y si una de ellas se aproxima en este estado a un estanque o a un río, ellos suscitan una tempestad.

Los hechiceros.

Los hechiceros obtienen su poder de los espíritus que les enseñan las danzas mágicas. El alma de un hechicero puede ser arrebatada por un *wilan*, o espíritu, y encerrada en un árbol. El espíritu le enseña la lengua de los espíritus y cuando su educación ha terminado, el espíritu sopla sobre el novicio y le confiere el poder de cuidar a los enfermos por el mismo procedimiento, es decir, soplando sobre ellos. Las relaciones entre espíritus y hechiceros son muy frecuentes y tienen lugar durante la noche.

Para sacar el alma de su envoltura corporal y enviarla en misión sobrenatural, los hechiceros aspiran por la nariz un polvo hecho con granos de sebil asados (*Piptadenia* sp.), a la cual agregan, a veces, tabaco pulverizado. Esas aspiraciones les causan un estado de aturdimiento

durante el cual el alma del hechicero abandona su cuerpo y se transforma en insecto o en pájaro —generalmente en *yulo*— y se va a posar en un árbol situado en el medio de un lago. Este árbol está agitado de un movimiento perpetuo y es muy difícil mantenerse en él. Una desgracia sobreviene a aquellos que caen, pues son inmediatamente devorados por las palometas y los cocodrilos que pupulan en el lago. Si son expertos en su arte, los hechiceros se transforman en lagartos y así consiguen mantenerse sobre el árbol. Se supone que cada hechicero posee una rama de ese árbol, que está estrechamente unida a su destino. Tanto como las hojas se mantengan verdes, el hechicero goza de buena salud y no corre ningun peligro, pero tan pronto como la rama se amustia comienza a periclitar.

Los hechiceros pueden predecir el buen y el mal tiempo, con gran anticipación, pues en sus vagabundeos ven las hojas verdes o secas de las buenas y de las malas estaciones del año.

Los hechiceros tienen, también, el poder de transformarse en animales y en fuego que devora las malezas de su camino.

Para echar a las enfermedades, los hechiceros se sirven de pequeñas varitas que les han sido dadas por los espíritus y usan, también, las alas de diferentes pájaros *(yulo, carancho)*.

Los animales pueden, tanto como los hombres, ser objeto del tratamiento de los hechiceros. Un informante me describió la cura de un caballo. Primero el hechicero recitó un encantamiento, después se puso a succión la grupa del caballo hasta que hubo retirado una maderita, que dijo era la causa del mal.

Algunos hechiceros son eminentemente peligrosos. Comienzan por devorar perros; después atacan a los hombres. Es casi imposible poner término a su carrera criminal, pues si se los mata resucitan y si se los quema vuelven sobre la tierra.

Algunas mujeres pueden convertirse en hechiceras, aunque gozan de mucho menos crédito que los hombres. Su vocación se manifiesta por los signos siguientes: pasan horas acurrucadas en tierra sin dejar de balancearse, finalmente buscan de huir a la maleza y su fuerza es tal que varios hombres no alcanzan a retenerlos. Una vez allí, se arrancan sus

vestidos y trepan sobre un árbol en el que permanecen varios días balanceándose y cantando.

Magia.

Los Mataco de San Andrés se quejan amargamente de que sus vecinos, los Toba del Pilcomayo, sean grandes hechiceros. En ocasión de mi estada en esa aldea, un Toba llegó a visitar a uno de sus amigos. No encontrándolo en la casa, recorrió varias chozas en la esperanza de encontrarlo. Cuando se fué los Mataco lo acusaron de hechicería y dijeron que sus idas y venidas no tenían otro fin más que el de apoderarse de sus pertenencias (cabellos, cortes de uñas, pedazos de tejidos, etc.), de las gentes que había visitado. La verdad es que muchas personas en cuyas casas el Toba había entrado se enfermaron, lo que no hizo más que confirmar las sospechas de los Mataco. Sin embargo, ninguna sanción se produjo contra el supuesto criminal.

Ritos funerarios.

Si se fijan los ojos de un moribundo, su alma no puede escaparse y su agonía se prolonga. Es por ello que los Mataco cubren la cara de los agonizantes con un pedazo de género que anudan alrededor de su cuello. A menudo esa tela contribuye a acelerar su fin, sofocándolos. Su apuro por enterrar los muertos es tan grande que les llega a ocurrir al enterrar individuos aun con vida.

La viuda, con la cabeza rapada, es aislada en un rincón de la choza, separada del resto de la habitación por una cortina o es colocada en un pequeño anexo, agregado a la choza.

Inmediatamente después de la muerte de un joven, que se había suicidado en la aldea de San Patricio, su madre se acurrucó en tierra, colocando la cabeza del muerto sobre sus rodillas y se puso a lamentarse, pronunciando constantemente la palabra *yos, yos* (mi hijo, mi hijo). El padre batió el tambor, durante un día y una noche, para acompañar una melopea en la que la expresión *yos, yos,* reaparecía a cada instante. Un grupo de mujeres, bajo la dirección de la madre, que sacudía un sonajero,

ejecutaron una danza, consistente en pequeños pasos saltados, cerca del sitio en donde el cadáver había sido depositado antes del entierro.

Un viudo o una viuda pueden volverse a casar a los dos o tres meses después de la muerte de su cónyuge. Las mujeres se excusan, diciendo: "Tenía que comer, tengo necesidad de alguien que me dé ropa".

El entierro en los árboles, descripto por Enrique Palavecino, era antiguamente muy común en la región media del Bermejo.

Creencias en la realidad de los sueños.

El misionero Barbrooke Grubb ha dado numerosos ejemplos de la creencia de los Lengua en la realidad de los sueños. Yo mismo he recogido numerosos ejemplos de esta fe entre los Toba y los Pilagá. He aquí una anécdota que ilustra esta actitud entre los Mataco. Una muchacha de la aldea de San Patricio se despertó llorando una hermosa mañana. Como se le preguntara la causa de su dolor, contestó que había soñado tener relaciones sexuales con un joven y que temía quedar embarazada...

(Enviado desde el Smithsonian Institute, de Washington, por su autor, socio correspondiente. Traducido del francés por el consocio doctor Fernando Márquez Miranda).